

# Chocolate en verso con mensajes perversos

Charlie y la fábrica de chocolate

**Ernesto Pérez Morán\***



Fotograma del film de Tim Burton, protagonizado por Johnny Deep como Willy Wonka, el dueño de la fábrica de chocolate.

*Si en 1964 Roald Dahl escribía Charlie y la fábrica de chocolate —que iba a tener su continuación en Charlie y el gran ascensor de cristal—, y siete años después el histriónico Gene Wilder encarnaba en la pantalla al señor Willy Wonka en Un mundo de fantasía, 2005 ha sido testigo del estreno de Charlie y la fábrica de chocolate, discutible acercamiento del director Tim Burton a una obra igualmente desconcertante.*

**R**oald Dahl es célebre, sobre todo, por su obra literaria dirigida al público infantil, que incluye textos tan interesantes como *Matilda* o los fascinantes *Cuentos en verso para niños perversos* y tan famosos como *James y el melocotón gigante* o *Charlie y la fábrica de chocolate*. Pero este autor galés trabajó también el relato adulto y de intriga, y realizó diversas incursiones en el cine: aparte de las adaptaciones cinematográficas de algunas de sus obras, con o sin su colaboración directa —*James y el melocotón gigante* (1996), de Henry Selick, o *Matilda* (1996), de Danny DeVito, figuran entre las más conocidas—, escribió varios guiones para la serie *Alfred Hitchcock Presenta* y los de películas como *Sólo se vive dos veces* (1967), de Lewis Gilbert, o *Chitty Chitty Bang Bang* (1968), de Ken Hughes, entre otras, sin olvidar su matrimonio con la conocida actriz Patricia Neal, tras el tempestuoso romance de ésta con Gary Cooper.

En los inicios de su carrera, Dahl escribió un relato sobre un chico pobre que vive con sus padres y abuelos en una casa muy modesta y cuyo único aliciente es recibir una tableta de chocolate el día de su cumpleaños. Casualmente, un maestro de la fabricación de este producto, llamado Willy Wonka y cuya factoría está muy cerca de la casa de Charlie, ha decidido invitar a visitarla a los cinco afortunados que encuentren una etiqueta dorada bajo el envoltorio de sus chokolinas. Las posibilidades que tiene el protagonista de ser uno de los agraciados son ínfimas, puesto que sólo disfruta de una cada año. Pero como la suerte está de su lado, conseguirá el preciado trofeo. La visita al misterioso recinto, con el excéntrico señor Wonka como guía, se convierte en un fantástico viaje,

eliminados por su mala educación, lo que da entrada, por cierto, a una sospechosa dimensión moralizante. Charlie descubrirá que esa visita no es más que una excusa utilizada por Willy Wonka para encontrar un sucesor que se haga cargo de la fábrica y de los Oompa-Loompas, pequeños seres —en la primera edición del libro procedían de África, aunque este detalle se cambió posteriormente— que trabajan para él en condiciones no precisamente dignas y le sirven de conejillos de indias en sus experimentos. El tufo colonialista que despidió este aspecto de la novela apenas queda disimulado bajo la trama principal, cuya estructura no es demasiado ori-



A la izquierda, Gene Wilder como Willy Wonka en la primera versión de la novela, de 1970. Arriba, otro fotograma del film de Burton.

en el que se suceden las pruebas, y los otros cuatro niños —cristalinamente perversos, frente a la candidez de Charlie— van siendo

eliminados por su mala educación, lo que da entrada, por cierto, a una sospechosa dimensión moralizante.

Charlie descubrirá que esa visita no es más que una excusa utilizada por Willy Wonka para encontrar un sucesor que se haga cargo de la fábrica y de los Oompa-Loompas, pequeños seres —en la primera edición del libro procedían de África, aunque este detalle se cambió posteriormente— que trabajan para él en condiciones no precisamente dignas y le sirven de conejillos de indias en sus experimentos. El tufo colonialista que despidió este aspecto de la novela apenas queda disimulado bajo la trama principal, cuya estructura no es demasiado ori-

ginal y contiene numerosas casualidades, como el hecho de que el abuelo de Charlie le cuente la peripecia de Wonka al principio del relato, cuando se supone que siempre le ha estado narrando historias: ¿por qué ha esperado hasta ese momento para revelar ésta, que era sin duda la que más podía interesar al crío? Por lo demás, hay acciones atractivas, descripciones brillantes y un universo plástico sobrecogedor, que convierten al libro en objetivo privilegiado para las grandes productoras cinematográficas, expertas, como el señor Wonka, en fabricar golosinas deliciosas con poca sustancia y ocultos mensajes perversos, dispuestos a veces en verso, como las canciones que entonan los Oompa-Loompas.

### Demasiado pronto para la aventura.

La primera adaptación fílmica del relato de Dahl, titulada *Un mundo de fantasía* y realizada por Mel Stuart, difícilmente puede ser tomada en serio por sus defectos de guion y dirección, por el añadido de escenas que no aportan nada

—como las que transcurren en el colegio de Charlie o la absurda invención de ese contrato que los chicos deben firmar renunciando a cualquier acción legal contra Willy Wonka, y que éste utilizará para poner a prueba al protagonista—, la inclusión de chistes fáciles sin gracia ni sutileza, o la construcción —que luego se desvelará engañosa— de la figura de un villano, recurso manido que se aleja ostensiblemente del espíritu del cuento. Por si fuera poco, y salvo en algunos momentos aislados, Gene Wilder se muestra incapaz de encarnar de modo convincente al personaje de Willy Wonka, alegre y alocado en la novela, por mucho que gesticule.

También es cierto que hace 35 años resultaba prácticamente imposible llevar a la pantalla el texto de Dahl con los

efectos especiales con los que se contaba entonces. El maravilloso, detallado e inverosímil universo inventado por el escritor quedó convertido en la película de Mel Stuart en un ambiente *pop* de cartón piedra, donde el chocolate parece agua sucia y el trayecto en barco una visita al túnel del terror de cualquier feria. Esas limitaciones impusieron seguramente cambios tan ridículos como la sustitución de las ardillas y sus almendras por unas ocas que ponen huevos de oro, e hicieron que muchas de las situaciones que se conservan del original apenas puedan tenerse en pie desde el punto de vista audiovisual.

Para los amantes de este filme, entre los que no se encontraba el propio Dahl —que firmó el guion y protestó después enérgicamente por la tropelía resultan-

te—, cabe recordar el prólogo, que Tim Burton usará también sin demasiados miramientos, y algunos números cantados —más de los cuatro que figuran en el original—, que lo acercan decididamente al género musical. Poco más se puede salvar de una adaptación tan intrascendente como las novedades que aporta y que hubiese necesitado los modernos adelantos tecnológicos con los que cuenta la segunda y más reciente versión de *Charlie y la fábrica de chocolate*.

## Dos hombres y un destino.

150 millones de dólares de presupuesto y los mejores ordenadores se han empleado para llevar de nuevo a la pantalla este cuento de hadas dickensiano, con dos nombres de relumbrón al frente: Tim Burton y Johnny Deep. Dos personajes elevados a la categoría de iconos contemporáneos por algunos integrantes de esa joven hornada de comentaristas adictos al cine de Quentin Tarantino y similares, autodidactas de videoclub, aspirantes a *enfants terribles* empeñados en romper con lo anterior simplemente porque lo ignoran, o bien por una serie de profesionales de mayor edad que temen ser tachados de antiguos si no apoyan los ditirambos de los jóvenes cachorros. Así, realizadores mediocres son lanzados a las alturas mientras se desprecia sin rubor a auténticos creadores —Atom Egoyan, Michael Winterbottom o Michael Haneke, por ejemplo— y algunos cineastas indiscutibles como Lars von Trier ven mejor valoradas sus películas pretendidamente *cool* (*Bailar en la oscuridad*, 2000) que obras maestras que de verdad abren nuevos caminos (*Dogville*, 2003). En consecuencia, y bajo la mirada satisfecha de los grandes empresarios, más interesados en el reportaje pagado que en la crítica independiente, ésta se va desdibujando y perdiendo su razón de ser: Borges dijo que el crítico debe ser un buscador de tesoros, no un fabricante de diosillos que en realidad son producto del narcisismo gremial.

Objetos de veneración, Tim Burton y Johnny Deep fueron saludados con entusiasmo por su colaboración en la condes-

QUENTIN BLAKE, CHARLIE Y LA FÁBRICA DE CHOCOLATE, ALFAGUARA, 2004.





QUENTIN BLAKE, CHARLIE Y LA FÁBRICA DE CHOCOLATE, ALFAGUARA, 2004.

Razonable parecido entre la ilustración de Quentin Blake (a la derecha) para el libro de Roald Dahl y la imagen de la película de Tim Burton.

cediente *Eduardo Manostijeras* (1990). Tras ese éxito, Burton se vio obligado a responder al marchamo de gran autor que le habían colgado ya a partir de *Bitelchús* (1988) y *Batman* (1989), realizando unos filmes tan cuestionables como pretenciosos (*Ed Wood* 1994; *Mars Attack!*, 1996), aunque con evidente impronta personal (*Sleepy Hollow*, 1999). Tras su catastrófico devaneo con la gran industria en *El planeta de los simios* (2001), ha mostrado sus habilidades en *Big Fish* (2003), que refleja bien —con las habituales concesiones esteticistas— su condición de auténtico pero irregular cuentacuentos. Un narrador eficaz, con notables destellos de creatividad, pero que puede llegar a hacerse insoportable precisamente por lo que otros quieren hacer de él. Johnny Deep, por su parte, es un actor limitado, aunque capaz de manejar con soltura los escasos registros de que dispone.

Ambos parecen sentirse cómodos en esta nueva adaptación del texto de Dahl. El primero, sobre todo, porque ha encontrado en él una buena base para desarrollar su universo visual, en conexión con el del escritor. Tal vez sea éste el principal mérito del filme: lejos del

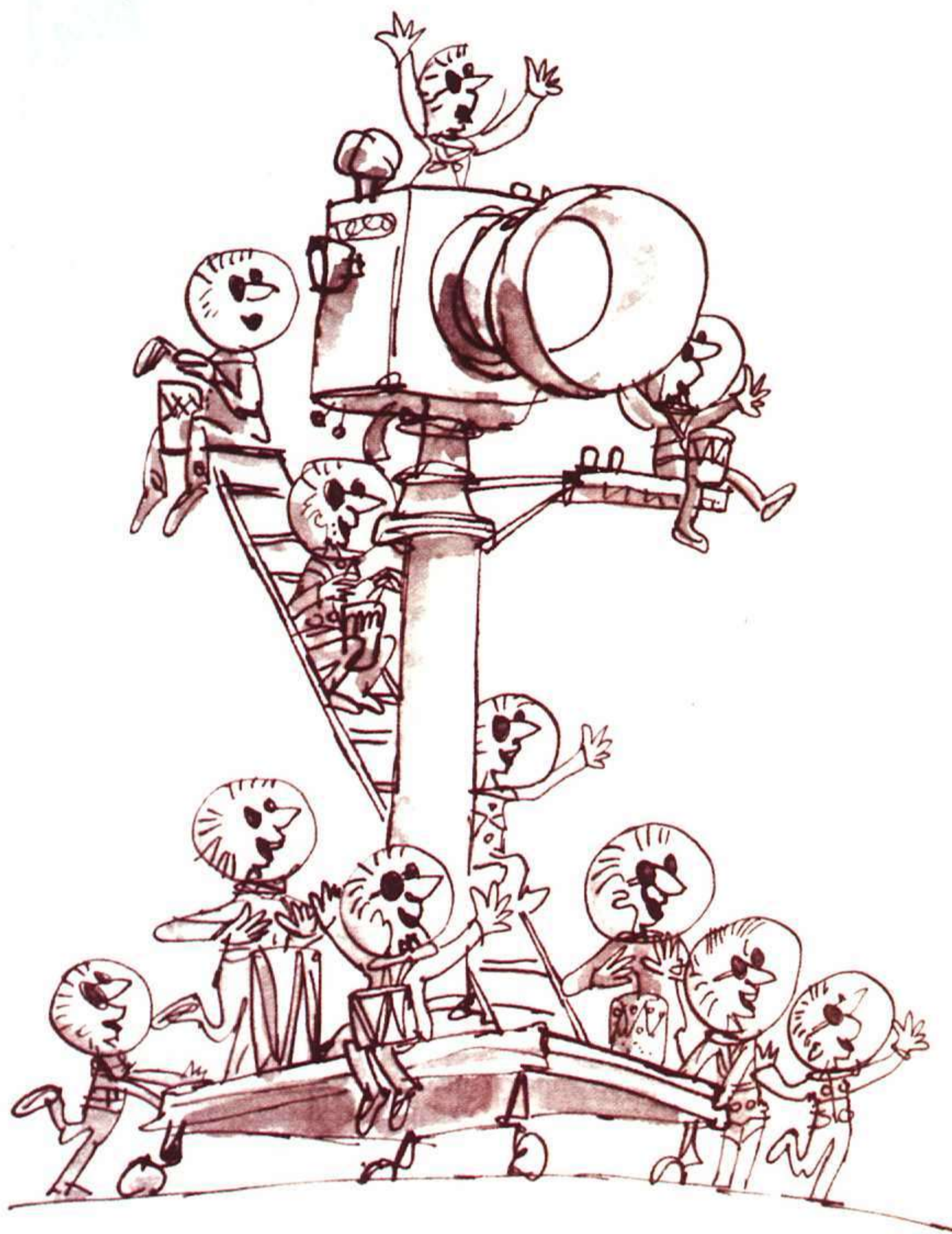
barroquismo de sus primeras obras, pero manteniendo algunas señas de identidad, Burton consigue plasmar un mundo que era ya el mayor reclamo del cuento. Literatura y cine van en este caso de la mano, con un maestro de ceremonias que muestra buen pulso en algunas secuencias y una notable imaginación en otras, y que mantiene como principio básico no aturdir al espectador con efectos gratuitos ni cortando los planos antes de tiempo. Son interesantes, por ejemplo, los dos usos opuestos que da a la cámara, dependiendo de que se sitúe en la casa de Charlie o en la fábrica: en el primer caso, con planos casi siempre fijos y cercanos, mientras en el segundo adquiere movilidad y los encuadres se abren notablemente.

Sería injusto no reconocer asimismo los numerosos guiños cinéfilos que contiene la película, salpicados como gotas de chocolate a lo largo de las secuencias que transcurren dentro de la fábrica: alusiones directas a las coreografías de Busby Berkeley o a las sicalípticas *Bathing beauties* de los años 20, al *peplum*, al cine de terror o al musical posmoderno, para finalizar con una mención a *2001: Una odisea en el espacio* (1968),

de Stanley Kubrick. Un repaso genérico similar al que cuarenta años atrás había hecho Blake Edwards en *La carrera del siglo* (1965), excelente comedia de otro creador mayor.

Hay también en este *Charlie y la fábrica de chocolate* una serie de novedades con respecto a la novela que han dado lugar a interpretaciones muy dispares. Aparte de la posible visión de Willy Wonka como un trasunto del polémico Michael Jackson, y de la fábrica como un parque para el disfrute, no de los niños, sino del propio ídolo del *pop*, la aportación más llamativa es la del padre del señor Wonka, un famoso dentista que prohibía al pequeño Willy tomar chucherías durante su infancia. Esta nueva relación paterno-filial se presenta a través de *flashbacks* que introducen un matiz pretendidamente psicoanalítico —el joven Wonka «matará» a su padre por medio del chocolate— y lleva al desenlace de una segunda trama.

Porque si en el cuento de Dahl el eje absoluto es la aventura de Charlie, en el filme se añade esa subtrama de un Wonka atormentado por su infancia. Estas dos líneas argumentales se resuelven al final con un alegato en favor de la fami-



QUENTIN BLAKE, CHARLIE Y LA FÁBRICA DE CHOCOLATE, ALFAGUARA, 2004.

lia tradicional. Wonka propone a Charlie que se quede con la fábrica, pero a condición de olvidarse de sus padres y abuelos. Está tan traumatizado por la figura paterna que ni siquiera puede pronunciar las palabras *padre* o *madre*. Con sus progenitores al fondo, el chaval responde sin pestañear que para él lo más importante es su familia. Willy Wonka se va, sorprendido. Poco tiempo después, el empresario acude a ver al protagonista y le cuenta que sus golosinas ya no saben como antes y que cree que es porque no se siente bien. Charlie le dice que cuan-

do él está triste busca apoyo en sus familiares. Al final, el chico acompaña a Wonka a ver a su progenitor, y padre e hijo se funden en un abrazo que constituye uno de los desenlaces más blandos y tramposos que nos ha ofrecido el cine en los últimos años.

No es éste el único aspecto criticable. Al exasperante juego de picados y contrapicados, justificados en primera instancia por la diferencia de altura entre los niños y los adultos pero manejados de forma anárquica, se unen una serie de imágenes que delatan la artificiosidad habi-

tual en Burton. Baste citar el plano tomado desde dentro de la boca de Willy Wonka mientras su padre le inspecciona los dientes. Puede resultar llamativo, pero habría que recordar la conocida sentencia del maestro Billy Wilder: «Nunca pondría la cámara tras el fuego de una chimenea, porque ese sería el punto de vista de Santa Claus». La elección del emplazamiento de la cámara —que equivale al ojo del espectador— nunca es inocente, porque revela una opción no sólo estética sino de fondo: pone de manifiesto el punto de vista elegido por el autor para contar un determinado pasaje de la historia, y lo impregna de significación.

Para utilizar como ejemplo a uno de los cineastas más interesantes del cine europeo actual, Ken Loach sitúa la cámara, en varios momentos de su magnífico melodrama *Dulces dieciséis* (2002), a la altura de los ojos y desde fuera de la puerta, sin «entrar» en la habitación en la que se desarrolla la acción. Así, el espectador asiste a una conversación a través de la mirada discreta del realizador. La misma honradez y valentía demuestra Abbas Kiarostami en su obra maestra *A través de los olivos* (1994), cuya última escena se resuelve mediante un largo plano secuencia en el que el protagonista persigue a su amada, hasta que ella termina aceptándolo. La cámara se mantiene en lo alto de una colina mientras los dos personajes caminan por el campo hasta casi perderse en lontananza. Unas posturas éticas y estéticas que distan mucho de las adoptadas por cineastas tan mediocres como Kevin Costner en *Robin Hood, príncipe de los ladrones* (1991), donde la cámara adopta el punto de vista «imposible» de una flecha, o Mel Gibson en *La pasión* (2004), en la que se muestra la visión subjetiva de... una gota de agua. El efectismo más barato acaba imponiéndose sobre cualquier otra concepción narrativa, y no de forma inocente precisamente.

## A la globalización por el chocolate

Además de otros errores menos importantes, algunos de los cuales delatan cierto descuido, y de una absurda manía esteticista, lo más desconcertante de

*Charlie y la fábrica de chocolate* es, sin duda, el conjunto de ideas que Tim Burton transmite con ella. Es verdad que introduce una crítica al maquinismo que no estaba en la novela —el padre es despedido de la fábrica en la que trabajaba y sustituido por una máquina; posteriormente le volverán a contratar para que la arregle— y que retrata de forma ácida a la jovencita estadounidense obsesionada por ganar a toda costa. Pero su posición sobre el fondo de lo que cuenta es por lo menos confusa. El recurso consistente en utilizar al mismo actor para encarnar a todos los Oompa-Loompas puede hacer pensar en una actitud crítica contra la uniformización a la que se somete a los inmigrantes que son explotados como si fuesen mercancías. Pero estos personajes funcionan de la misma manera que en el cuento, y Willy Wonka vuelve a ser presentado como el empresario salvador de esos hombrecillos. Aunque el entramado social queda solapado en el filme de Burton por el lacrimógeno relato familiar, la condescendencia con la que se

trata a Wonka revela el cinismo propio de quienes defienden de buen grado a cualquier explotador. Los Oompa-Loompas son utilizados como mano de obra barata —así se explicita en varias secuencias— y como ratas de laboratorio para los experimentos de un hombre y una empresa que reflejan diáfananamente las prácticas neoliberales y globalizadoras de la actualidad.

Se puede pensar que esto es ir demasiado lejos, pero en una época en la que la mayoría de los mensajes llegan a través del audiovisual, es necesario explorar todos los resquicios de la imagen y de su lenguaje para desvelar cualquier intención latente o, en todo caso, el sentido que adquieren en su contexto concreto. Por ello, cada día resulta más imprescindible la educación en este campo. Sólo gracias a ella, además de saber qué nos están contando, podremos desenmascarar los mensajes perversos, aunque nos los ofrezcan en verso. ■

\*Ernesto Pérez Morán es crítico de cine.

## Ficha técnica

*Charlie y la fábrica de chocolate*, de Roald Dahl,  
Madrid: Alfaguara, 1995 y 2004.

### Versiones cinematográficas

*Un mundo de fantasía (Willy Wonka and the chocolate factory)*

Prod: Stan Margulies y David L. Wolper para Wolper Pictures  
(Estados Unidos, 1970). Dir: Mel Stuart. Guion: Roald Dahl.

Intérpretes: Gene Wilder (Willy Wonka), Jack Albertson (abuelo Joe),  
Peter Ostrum (Charlie Bucket), Roy Kinnear (Henry Salt),  
Diana Sowle (señora Bucket), Julie Dawn Cole (Veruca Salt).

*Charlie y la fábrica de chocolate (Charlie and the chocolate factory)*

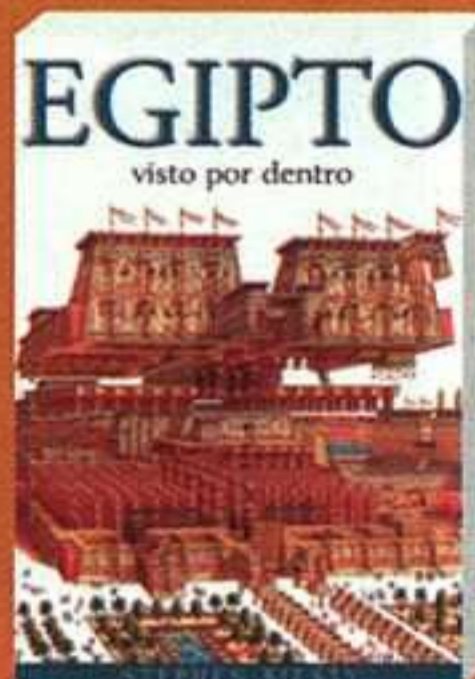
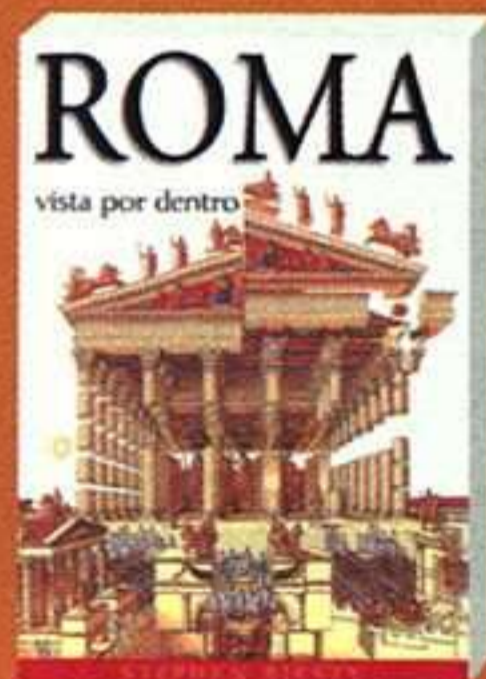
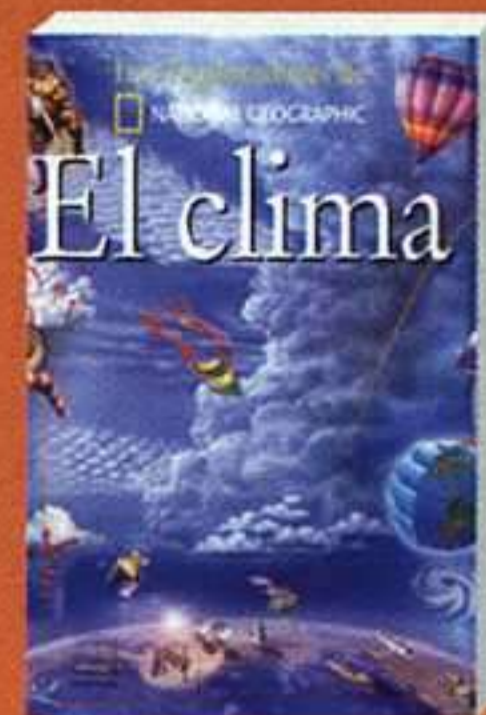
Prod: Brad Grey y Richard D. Zanuck  
para Warner Bros. Pictures (Estados Unidos/Reino Unido, 2005).  
Dir: Tim Burton.

Guion: John August según la novela homónima de Roald Dahl.

Intérpretes: Johnny Deep (Willy Wonka),

Freddie Highmore (Charlie Bucket), David Kelly (abuelo Joe),  
Helena Bonham-Carter (señora Bucket), Noah Taylor (señor Bucket),  
Deep Roy (Oompa-Loompa), Christopher Lee (doctor Wonka).

## Libros estimulantes y divertidos



RBA MOLINO